Una joya bibliográfica

Estado general de todo el Virreynato de Santafé de Bogotá en el presente año de 1794

LO DA A LUZ DON JOAQUÍN

DURÁN Y DÍAZ

MALCOLM DEAS (Prólogo)

Banco de la República, Bogotá,

2012, 482 págs., il.

NO ES este un libro que vaya a gustar a cualquier lector, incluso a todo historiador. En cambio sí, y mucho, a aquellos que sienten especial curiosidad por los datos. A quienes saben encontrar valor en las cifras y datos oficiales de apariencia intrascendente. Don Joaquín Durán y Díaz, “Capitán del Batallón de Infantería y Auxiliar de la Ciudad de Santafé de Bogotá”, compuso dos valiosas guías del Gobierno virreinal, una en 1793 y otra en 1794. Ambas vieron la luz en la imprenta de Don Antonio Espinosa de los Montes, y fueron algunos de los primeros libros que se imprimieron acá.

La pulcra y cuidadosa edición que ha realizado el Banco de la República de esta guía de 1794 es meritoria, toda vez que, según nos dice Malcolm Deas, en orientador prólogo, fueron pocas las copias que sobrevivieron. Cuatro en el país, dos en España y una en Inglaterra. Se trata de una obra oficial, escrita por un funcionario real y avalada por el virrey de la época, don Joseph de Ezpeleta. Conviene considerar que este tipo de libros empezaron a componerse en las tres últimas décadas del siglo XVIII, cuando eran corrientes las “Relaciones e Informes” de los virreyes y visitantes. En ellos hacían observaciones sobre el estado del Gobierno, la población y el país. Fue esta la época en la que se mejoraron las cuentas y estadísticas oficiales, y cuando se llevaron a cabo los primeros empadronamientos de la población.

La guía de 1794 elaborada por el capitán Durán y Díaz nos ofrece una completa visión del virreinato. Tanto de la estructura y composición del Estado colonial, como del eclesiástico. Pero también nos brinda distinta y rica información sobre la economía y la sociedad. Al revisar el conjunto del libro se aprecia la armazón de un estado complejo y dilatado. Una cadena de

cargos y funcionarios operaban en la ejecución de innumerables tareas: gobierno, hacienda, recaudación de impuestos, educación, policía, etc. Todo parecía funcionar muy bien. ¡Cuán lejos se estaba de los acontecimientos que iniciarían en 1812!

En la introducción a la guía, el capitán Durán y Díaz buscó subsanar un vacío que, a su parecer, tuvo la de 1793. Hacía falta una especie de relación histórica del virreinato. Un “reino”, equiparable a los mejores de América, decía, si se estimara la abundancia de sus metales y sus preciosos frutos. Paradoja que los ilustrados peninsulares y criollos formularían y con el tiempo se volvería común: ¿Por qué un país con una riqueza natural tan especial, con diversidad de climas, amplias costas y numerosa población, era tan poco productivo? La respuesta que da el capitán Durán y Díaz es sencilla: es una riqueza que no se conoce en el extranjero. En esta breve introducción el capitán hizo de historiador y relató acontecimientos de la conquista, de la creación de la Audiencia, de la geografía y la población. De alguna manera, creo que acertada, el capitán entendía que debía dar un contexto al conjunto de cuadros y estadísticas que componen el libro.

El primer documento de interés que trae el libro es el censo de población de la capital realizado en 1793. Los 16.405 habitantes son discriminados según género y condición civil, como también por barrios y cuarteles. El cuadro registra, además, la población de los conventos masculinos y femeninos, como de los colegios y el hospicio de la ciudad. A continuación, el libro trae una información llena de interés. En primer lugar relaciona los días y las horas en las que el Señor Sacramentado era sacado en procesión de cada una de las iglesias; y también de los días del año en que el virrey y su señora aceptaban visita y besamanos. De interés especial es un listado que relaciona todos los gobernadores, presidentes de la Audiencia y virreyes que desde Gonzalo Jiménez de Quesada hasta ese momento habían gobernado el territorio. Igual listado, pero sobre los obispos y arzobispos que habían administrado la iglesia en la capital, nos ofrece esta guía. Esta primera sección, podríamos decir, termina con listados de los abogados y los escribanos de la ciudad y

el reino. De ellos relaciona la dirección de sus oficinas.

Una sección muy importante de este libro es la que trata la composición de la Real Hacienda. Discrimina cada una de sus oficinas, los funcionarios a cargo y sus salarios. Esta documentación se completa con alguna muy importante en la época, la administración de las minas de sal, oro y plata del país, las casas de fundición y amonedación, los recaudadores de rentas y los administradores de estancos. Sin embargo, entre la innumerable información que ofrece el libro alguna nos ha llamado la atención de manera especial. Una es la que corresponde a la Expedición Botánica, pues además de traer un cuadro completo de quiénes la integraban, del grupo de pintores, se nos refieren sus salarios. Igual ocurre con la Biblioteca Pública Nacional, de la que nos sorprende el precario salario de su bibliotecario, Don Manuel del Socorro Rodríguez. De cada uno de los colegios y universidades de la ciudad relaciona los cargos, las cátedras que se ofrecían y los sueldos que se pagaban a los docentes. Respecto a los correos indica las oficinas, los itinerarios que cubría y el tiempo que las encomiendas tardaban en llegar. Finalmente, la guía incluye cuadros completos del Gobierno civil y eclesiástico de cada una de las provincias, sus ciudades, villas, parroquias y partidos.

Un comentario particular merece la sección que relaciona las mercancías que entraron por Cartagena procedentes de Europa y Norteamérica. También se relacionan las mercaderías exportadas. Es cierto que muchas son mercaderías exóticas y de consumo suntuario. Lo cual indica la existencia de una élite que vivía bajo los estándares europeos. Pero también se importaban muchas herramientas de trabajo y cargamentos de acero y hierro. De acuerdo con los análisis de Anthony McFarlane estos fueron los años en los que las reformas borbónicas dieron un relativo resultado, hecho que puede observarse en el crecimiento de las exportaciones agrícolas del país. Efectivamente, en el listado llama la atención las cantidades de algodón, maíz, tabaco, cacao, añil y madera que se enviaba a distintos destinos. Estos listados de importaciones y exportaciones suscitan interés tanto para

historiadores económicos como para los que se interesan en la cultura.

El libro *Estado General de todo el Virreynato* reúne otras dos secciones: una dedicada a informar sobre la estructura del Gobierno y la administración en la Audiencia de Quito y sus distintas provincias; y la otra describe la conformación de la Armada, con sus distintas compañías, grados, oficiales, hombres en armas, sedes y salarios. Este último aspecto es significativo, pues esta nueva Armada es resultado de las reformas que ocurrieron en el campo militar después del levantamiento de los Comuneros en 1781.

Es indudable que la obra realizada por el capitán Joaquín Durán y Díaz posee un extraordinario valor. Lo tuvo para quienes en aquel momento la tuvieron en sus manos y pudieron apreciar las dimensiones adquiridas por el Gobierno colonial. La tiene ahora para quienes pueden aprovechar su rica información, entender el entramado de las instituciones coloniales, civiles y eclesiásticas, cotejar datos y contar con un conjunto documental pocas veces publicado. Utilidad facilitada por el índice alfabético de temas y lugares que completa el tomo. Acertadamente este libro fue incluido en la Colección Bicentenario del Banco de la República, pues como lo he observado, muchos de los funcionarios que actuaban en ese momento y la propia estructura del Estado fueron los que se vieron comprometidos e interrogados muy poco tiempo después. Enhorabuena al Banco y al prologuista por rescatar esta joya bibliográfica para la historiografía colombiana.

Pablo Rodríguez Jiménez

Profesor titular,
Universidad Nacional de Colombia